

# 1

uno

## ¿Cómo sucedió?

¿Cómo llegué a ser la esposa de un hombre alcohólico?

Si cualquiera me hubiera dicho cuando era una adolescente que algún día me iba a casar con un alcohólico, yo nunca lo habría creído. ¡Jamás! ¿Por qué habría de hacerlo? ¡Miren quién era yo! ¿No se conocían mis antepasados? Mi familia nunca consideraría tal cosa.

Soy descendiente de muchas generaciones de creyentes anabaptistas que se originaron en Suiza y Alemania. Mi abuelo de apellido Showalter fue un predicador que recorrió las montañas de los estados de Virginia y Virginia Occidental a principios del siglo veinte. Varios de mis tíos fueron ministros del Evangelio y uno era obispo.

Mis padres dedicaron su vida a la obra del Señor, aunque mi padre nunca recibió una ordenación oficial.

Cada verano, desde abril hasta septiembre, ellos nos montaban a los cuatro hijos en su anticuado automóvil (ya que éramos demasiado pobres como para comprar uno más nuevo) y viajábamos hasta una de las iglesias en las montañas donde se llevaba a cabo una escuela dominical. Cuando yo era una bebida, mi madre me ponía en el piso del aula mientras le enseñaba a un grupo de niños.

Durante esos años mis padres servían en dos lugares:

uno conocido como “El Paso” en Virginia y el otro en la Virginia Occidental, fronterizo con Virginia. Este servicio consistía en dos escuelas dominicales. Nosotros atendíamos a la escuela dominical en Virginia Occidental por la mañana, nos comíamos el almuerzo empacado, y luego regresábamos los siete kilómetros a la escuela en Virginia para la reunión de la tarde. Algunas veces mi futuro esposo y sus hermanos asistían a la escuela dominical en Virginia.

Ahora bien, permítame explicar cómo caí en la trampa de Satanás y cómo llegué a ser la esposa de un hombre alcohólico.

Mamá siempre nos enseñó a huir del vicio del licor. Ella rehusó visitar a un médico muy querido por las familias en nuestro pueblo por la razón de que él tenía la reputación de tomar bebidas alcohólicas. Mamá nos instruyó que a la hora de ir a vender leche por las casas nunca debíamos aceptar ninguna bebida de los vecinos que consumían licor. “Ni siquiera entren en la casa”, nos advirtió.

Entonces, ¿cómo yo me convertí en la esposa de un alcohólico?

Sucedió que al año siguiente de haberme graduado de la educación secundaria, yo conseguí un trabajo local como empleada en un hogar. Los hijos de esa familia y yo asistimos a la misma escuela e incluso una de las muchachas y yo nos graduamos juntas. Pero nada en mi vida pasada me había preparado para la experiencia que me sobrevino.

La señora de la casa esperaba de mí que lo hiciera todo sin su supervisión, pero yo no sabía cómo hacerlo bien. Aunque traté con valentía, no lograba nunca la perfección debida. Alguna mancha había quedado en el cubrecama o yo había dejado un poco de polvo detrás del tocador o alguna telaraña en el cielo raso se me pasaba por alto. Si nada de eso pasaba entonces en mi ansiedad por no ser chapucera algunas veces yo reaccionaba y rayaba la pared mientras subía las gradas con la aspiradora. ¡Cuánto aborrecía esa aspiradora!

Al final del período de los nueve meses, yo contaba los días y las horas que faltaban para volver a casa. Mis padres no se imaginaban mi miseria. De haberlo sabido, como me dijeron después, no me hubieran pedido que me quedase. Por mi parte, no se me ocurrió renunciar al trabajo.

Las tribulaciones de ese año me mantuvieron de rodillas y con hambre de la Palabra de Dios. Pero al año siguiente el diablo me tentó con algo que no esperaba, y no supe cómo hacerle frente.

Una profesora algo popular y muy sofisticada vino a verme un día. “¿Acaso consideraría usted cuidar a mi niña Janet mientras doy clases este año?” me preguntó. “Necesito a alguien que domine bien la gramática y sé que usted lo hace. Yo recuerdo lo bien que usted lo hacía en mi clase de gramática hace unos años.” Su elogio me tomó por sorpresa. Mientras ella prosiguió exaltando mi carácter, yo deseché cualquier reserva que hubiera tenido acerca del trabajo y acepté su oferta.

Mi patrona me trató como de su propia familia. Ella se jactaba de “mi Virginia” ante los demás profesores, ante su médico, y hasta con su propia familia. Ella incluso presumía acerca de mi conocimiento de la Biblia, lo cual era muy poco en comparación con lo que he aprendido desde aquel entonces. Ante aquella vanagloria quedé ciega, sin percibir la obra del maligno, el cual me elevó con orgullo para disponer así mi caída.

No puedo decir en qué momento sucedió, pero poco a poco descuidé la lectura de la Biblia a cambio del interés creciente por otros libros. Me dormía cuando oraba en la noche y por fin dejé de orar. Antes de darme cuenta, me había descarriado. Ya había probado el pecado y me había gustado. Entonces decidí que quería más.

Durante este tiempo, a la sugerencia de mi patrona, yo llené una solicitud de trabajo como profesora en una escuela pequeña de una sola aula en las montañas. Ésta era la

misma escuela que mi futuro esposo había asistido cuando era niño. Debido a la escasez de profesores, la escuela había estado cerrada durante cuatro años. Mi plan era el siguiente: dar clases durante algunos años, ahorrar mi dinero, y luego asistir a la universidad para obtener mi título. El superintendente de las escuelas de aquella zona me conocía desde pequeña y no tardó en aceptar mi solicitud.

Así llegué a ser profesora. Alquilé un cuarto en la casa de los padres de mi futuro esposo. Es triste decirlo, pero muy pronto deseché cualquier señal de haber sido cristiana, y me despreocupé de los asuntos de la moralidad. Antes de iniciar el segundo año de clases, ya Eugenio y yo nos habíamos casado.

Sí, yo sabía que él tomaba. Además, yo conocía el historial alcohólico de su familia. Su padre, que había muerto el invierno antes que yo vine a dar clases, operaba en el contrabando del alcohol durante la ley de prohibición.

¿Por qué entonces me casé con Eugenio?

En primer lugar, yo lamentablemente ignoraba los efectos del alcohol. Eugenio y su hermano menor, los únicos muchachos en casa en ese tiempo, sólo tomaban cuando salían de las montañas y frecuentaban lugares donde había acceso al licor. Esto limitó mi contacto con el producto y sus efectos. Además, a mí me gustaba el modo romántico que asumía Eugenio cuando se hallaba bajo los efectos del alcohol.

Eugenio y yo nos conocíamos muy poco, a pesar de ambos haber vivido en la misma casa durante nueve meses. Me asombro, cuando recuerdo el pasado, que nuestro matrimonio haya sobrevivido. Pueda ser que él me haya amado, al menos eso decía. De mi parte, reconozco que mis emociones fueron dirigidas más por el romance que por el amor. Es necesario conocer a alguien para poder amarlo, y yo en realidad no conocía a Eugenio.

Tampoco pude prever el camino tenebroso que me esperaba.

# dos 2

## *Al borde de la locura*

Nadie espera llegar a convertirse en un alcohólico cuando toma su primer trago, y de esto Eugenio no fue ninguna excepción. Su vicio no se arraigó de la noche a la mañana, sino que fue un proceso.

Después de habernos casado, nosotros vivimos con mi suegra en la finca de la familia de Eugenio, la cual se hallaba en un rincón del distrito de Rockingham, Virginia. Seguí dando clases en la pequeña escuela.

Pronto descubrí que mi matrimonio había sido un terrible error, pero yo fui demasiada testaruda y orgullosa para que lo admitiera.

En mi mente no cabía la posibilidad de considerar el divorcio. Mis padres me habían enseñado que el divorcio era pecado, y además acostumbraban decir que: "Quien arma su cama ha de dormir en ella." Y por si faltaba, los vecinos habían predicho que nuestro matrimonio duraría menos de dos meses, y yo determiné demostrarles que estaban equivocados.

Una buena parte de mi desdicha provino de mis expectativas poco realistas del matrimonio. Yo esperaba que Eugenio fuera una copia fiel de mi padre. Cuando mi padre iba al pueblo a comprar gasolina o comestibles, hacía sus